



UMBRAL. Revista de Educación, Cultura y Sociedad
FACHSE (UNPRG) Lambayeque. Año V N° 9 - 10, Diciembre 2005 pp 8-13

El deber del héroe

La hazaña de Alberto Flores Galindo*



GONZALO PORTOCARRERO¹

Pontificia Universidad Católica del Perú · PUCP



Los miembros de la generación a la que perteneció Alberto Flores Galindo se sintieron convocados a realizar grandes hazañas. El aliento utópico barría el mundo. En el Perú, en el campo de la ciencia, el arte y la política, la expectativa era la misma: eliminar ese lastre de injusticia que detenía el encuentro de nuestro país con ese futuro que lo aguardaba. El modelo al que teníamos que aspirar era el militante, ese alguien que da todo sin pedir nada a cambio. No obstante, toda esta impronta heroica ocultaba realidades de las que solo muy paulatinamente empezamos a tomar conciencia. Hoy en día estas realidades han llegado a ser tan abrumadoras que las mismas ideas de héroe y hazaña nos parecen ficciones retóricas o patéticas mentiras.

En efecto, nuestra generación fue descubriendo

que tras la figura del militante estaban escondidos deseos de protagonismo personal. Deseos legítimos y absurdamente negados pero cuyo incontenible desborde terminó por erosionar la confianza en una comunidad creyente, con una misión y una moral. De pronto lo único que existía eran individuos cada uno con su juego propio. También fuimos descubriendo, sobre todo entre aquellos que no tomaron el éxito por asalto, que la figura del militante escondía otra realidad no menos sombría: una voluntad de sacrificio que era una negación de la vida. Es decir, la tentación del fanatismo, de convertirse en instrumento de una causa, de ganar un sentido exaltado de sí a costa de renunciar a la propia humanidad, a los afectos y placeres que hacen la vida buena y cálida, dentro de lo posible, desde luego.

* Tomado de *Libros & Artes. Revista de Cultura de la Biblioteca Nacional del Perú*, número 11, setiembre 2005. pp. 19-22

Entonces vino la descomposición. No obstante, los ideales de comunidad y realización de hazañas no han desaparecido del todo. Entre la gente que sintió estos llamados, la figura de Alberto Flores Galindo es un referente necesario, pues él logró realizar una gran proeza intelectual. Eso sí, en un equilibrio difícil, luchando contra los propios apetitos de protagonismo personal y contra la tentación suicida. Si su carta de despedida se llama «reencontremos la dimensión utópica» es porque era consciente del declive, pero al mismo tiempo de la necesidad del alienato utópico. Hacia el final de sus días llegó a la convicción de que los ideales eran necesarios para dar sentido a la vida pero que tampoco se trataba de martirizarse por ellos. Los seres humanos somos fines y no medios. Ahora bien, en muchos aspectos su reflexión quedó inconclusa y algunos de sus planteamientos son hoy inactuales. En particular la idea de un encuentro entre el socialismo y el mundo andino, en la que pusiera tantas esperanzas, parece hoy fuera de lo posible. No obstante, ni el inacabamiento, ni las creencias ilusas, quitan valor a lo que fue su aporte fundamental: poner en evidencia que tras la fragmentación aparente de la sociedad peruana existe un vínculo potente pero inadvertido. Se trata de lo andino, de una matriz cultural viva, en permanente recreación. Entonces, a rastrear sus orígenes, sus resistencias y cambios, dedicó su obra cumbre *Buscando un inca: identidad y utopía en los andes*². Alberto Flores Galindo logró un paso decisivo al hacer visible la negada tradición andina. Su hazaña contribuyó a abrir un horizonte de esperanza para la sociedad peruana.

Para quien escribe estas líneas, Alberto Flores Galindo es una presencia viva. Algo así como un fantasma que no cesa de interpelar(me). El diálogo que tengo con él nunca terminará. Entonces, no puedo aspirar a encerrarlo en un concepto. Mis ideas sobre él y su obra van cambiando. Lo que dije ayer no es necesariamente lo que escribo hoy ni lo que podré pensar mañana. No obstante, aún cuando el diálogo se mantenga, en las páginas que siguen trato de hilvanar algunas ideas en torno a cómo logró realizar esa hazaña que es ciertamente un ejemplo para todos.

II

Desde el inicio de su trayectoria intelectual, Alberto Flores Galindo destacó por su creatividad y

resistencia a los muchos dogmatismos del momento: los inicios de la década del 70. Para profundizar en este aspecto es necesario aclarar algunas ideas en torno a la creatividad, pues existe la disposición de ver en ella algo puramente mágico. En principio, ser creativo es ser capaz de producir algo nuevo que permite dar un significado a informaciones disgregadas, a hechos oscurecidos por los intereses o por los consensos mayoritarios. La creatividad habilita a hacer algo sin reglas, a salirse de las recetas, a desarrollar intuiciones que se anuncian débilmente como inquietudes, pues están neutralizadas por las simplificaciones. Las actitudes fundantes de la perspectiva de Alberto Flores Galindo fueron, precisamente, pensar a contracorriente y tratar de ir más lejos. Esta posición implica una ruptura con el espíritu gregario y, sobretodo, una sensibilidad para registrar «lo disonante», para descubrir nuevos horizontes para comprender la realidad. En la base de la actitud creativa está un instinto de ruptura, a la vez que un anclaje denso, sensorial en el mundo; se trata de ese vínculo intenso con las cosas que nos permite adentrarnos en sus entrañas. Ser creativo es un ejercicio de coraje, una capacidad para autorizarse a sí mismo, una apuesta a ser libre.

El pensamiento se ejerce sobre fenómenos previamente identificados; distingue y separa, asimila y reúne. Todo eso, en un diálogo interior a través del cual un argumento va cobrando forma. No obstante, la actividad de pensar no puede desligarse de la escucha y la intuición, a las que podemos razonar, respectivamente, como espera atenta y como salto o impulso imaginativo. Se trata de aguardar para apoderarse de lo que apenas se insinúa. La escucha y la intuición son facultades ligadas a la sensibilidad, a la inscripción de nuestro ser en el mundo, a la corporalidad. A través de sus epifanías misteriosas, cristalizadas en metáforas, la intuición selecciona los factores que tendrán que ser puestos en relación y nos da, paralelamente, una prefiguración de sus conexiones. Todo ello representa la materia prima del pensamiento abstracto. Digamos que la intuición salta, capta paralelismos iluminadores entre realidades disímiles.

Alberto Flores Galindo trabajó largamente el siglo XVIII. Le interesaba, especialmente, comprender el funcionamiento de la sociedad limeña. Como

¹ El autor quiere agradecer a Rafael Tapia y a Claudia Bielich por cuanto en diálogo con ellos ha aclarado las ideas de este texto.
² FLORES GALINDO, Alberto. *Buscando un inca: identidad y utopía en los andes*. La Habana, Casa de las Américas, 1986.



buen historiador, acumuló una gran erudición sobre el periodo. No obstante, para que la riqueza de los datos adquiriera una significación definida es siempre necesaria una imagen totalizadora, una suerte de clave interpretativa, asequible solo mediante la intuición. Alberto Flores Galindo creyó ver en los cuadros de Juan Mauricio Rugendas³, las acuarelas de Pancho Fierro y las *Tradiciones* de Ricardo Palma las fuentes donde podría identificarse dicha clave.

En efecto, en las pinturas de Rugendas sobre el mercado o la Plaza de Armas de Lima es visible una gran profusión y abigarramiento de gentes. Pero en este denso panorama le llamó la atención el hecho de que los personajes retratados se ignoraran mutuamente⁴. Pensó estar frente a un testimonio plástico de la debilidad de los vínculos en la sociedad limeña. Una sociedad donde los individuos no están entretejidos en colectividades, pues el ideal colonial de la jerarquización fractura la sociedad, dificultando, entonces, cualquier acción colectiva. Las gradaciones de fortuna y de color de piel se vuelven tan significativas que resulta una sociedad dominada por la heterogeneidad y la violencia. Los de arriba, la aristocracia, y los de abajo, la plebe: todos desconfían

de todos. Se trata, pues, de una sociedad atomizada, incapaz de actuar sobre sí misma, «sin alternativa». De ahí que los limeños estuvieran tan divididos y que no fuera posible ningún tipo de acción en la coyuntura de la Independencia.

En las acuarelas de Pancho Fierro y en las *Tradiciones* de Ricardo Palma encontró una confirmación de esta hipótesis. En las láminas de Pancho Fierro halló una galería de retratos individuales, pero no de tipos sociales, pues cada uno de estos retratos representa una singularidad, de manera que el conjunto es «tan heterogéneo como disgregado». De la misma manera, la disparidad de las narrativas de Palma, imposibles de ser totalizadas en un gran fresco, testimonian la debilidad de los vínculos colectivos. La ciudad de Lima solo podía producir historias fragmentarias. No una novela, pero sí narrativas breves.

La intuición se asocia con la imaginación y el arte, con la captación simbólica del mundo. Mientras tanto, la razón discursiva suele ser referida como «desensorializada», abstracta. No obstante, habría que insistir en que la diferencia no fuera imaginada como oposición, pues en la realidad una no puede funcio-

³ La referencia a Rugendas proviene de una conversación personal. Pancho Fierro y Ricardo Palma están expresamente citados en FLORES GALINDO, Alberto. *Aristocracia y plebe*; Lima, 1760-1830 (Estructura de clases y sociedad colonial). Lima; Mosca Azul, 1984.

⁴ Inclusive, en esta línea sugerida por Alberto Flores Galindo se podría ir un paso más allá, ya que en el mundo atomizado que retrata Rugendas hay, sin embargo, un vínculo que resalta. Se trata de la conversación entre un sacerdote y una tapada. Podríamos pensar, entonces, que el lazo que estabiliza a la sociedad colonial limeña es el que se teje entre la Iglesia y el género femenino. Este lazo entre el poder simbólico y la sumisión devota es el que aporta la poca autoridad vigente en la sociedad colonial.

nar sin la otra. De cualquier manera, Alberto Flores Galindo poseía ambas capacidades, de modo que el rigor lógico y la información histórica se apoyaban en una capacidad intuitiva que le hacía posible elaborar «cuadros», hilvanamientos de hipótesis, a la vez fundados y sugerentes. Estos «cuadros» funcionaban como anticipaciones que orientaban su búsqueda de información. Para volver al caso de la sociedad limeña de las vísperas de la independencia, Alberto Flores Galindo elabora la imagen de una «sociedad sin alternativas», demasiado fragmentada como para poder generar un proyevto colectivo.

Pero la capacidad artística de Alberto Flores Galindo no está solamente en el raptó totalizador que le permite trascender la mera erudición; está también en la elegancia, en la fluidez y la musicalidad de su prosa. Alberto Flores Galindo era un magnífico escritor. Su escritura, con razón, ha sido calificada como «ágil y nerviosa» (Marco Martos). En efecto, trata de ir al punto de la manera más precisa y directa posible. Evita esas divagaciones que debilitan el impulso y rompen la concentración. Su discursividad es, pues, afilada. En la lectura de sus trabajos, la vista se desliza sin resistencias porque la melodía interna se sostiene, casi no hay quiebres de ritmo, las frases son cortas y contundentes. Ellas se encadenan para integrar argumentos persuasivos. No obstante, a veces el ritmo se altera. Una oración precedida por un «pero» o un «sin embargo» introduce nueva información, un matiz en lo que parecía ya un cuadro cerrado. La complejidad no se pierde. En este sentido, se puede decir que la escritura de Alberto Flores Galindo logra evitar la embriaguez trivializante de una música ya dada. Se detiene antes de caer en el estereotipo. Los cambios de ritmo evitan la simplificación. Ellos anuncian una frase que matiza, que rompe y trasciende.

Ahora bien, cabe preguntarse: ¿de dónde provenía esa facilidad expresiva, esa contundente capacidad de convencer? Sin pretender una respuesta acabada me parece importante señalar el constante frecuentamiento de la literatura y, quién sabe, sobre todo, el deseo de comunicar, de llegar a públicos más amplios. Finalmente, la voluntad de lograr una gran hazaña. En realidad, Alberto Flores Galindo era un lector voraz. Iba y venía entre la historia, la literatura, el psicoanálisis, la filosofía y la teoría social. Le interesaban muchas perspectivas. Pero todas ellas deberían ser útiles para entender la historia peruana; entendida a su vez como «historia contemporánea», es decir como el estudio del pasado que tiene vigencia en el presente.

Esta observación me permite volver sobre su estudio acerca de la sociedad colonial. En efecto, la imagen de una sociedad anudada, sin capacidad de agencia sobre sí, es plenamente contemporánea.

III

No se podría entender la perspectiva de Alberto Flores Galindo si no se explicitan sus raíces éticas. Alberto Flores Galindo se pensaba en términos de un «intelectual comprometido»; es decir, como una persona que busca la verdad en la medida en que ésta es útil a la liberación de la vida. Y el principal obstáculo era la injusticia y sus múltiples rostros: la explotación, la violencia, el desconocimiento del otro, la incapacidad para una reparadora acción colectiva. Como razonaba desde la posibilidad y la esperanza, en sus textos eran siempre recurrentes la indignación y la convocatoria a actuar. No obstante, de alguna manera, existía una profunda escisión en su ánimo. Como buen peruano tendía a una visión trágica y pesimista de la realidad. El optimismo, la «terca apuesta por el sí», era algo que se imponía como una obligación; el deber de no dejarse llevar por la volátil marea de la opinión, la apuesta a convertirse en un profeta de la posibilidad. La intransigente denuncia de la injusticia, la solidaridad con los de abajo, tenía en Alberto Flores Galindo una honda raíz cristiana. Sin embargo, su vocación profética y su apuesta por la utopía provenían de la tradición marxista y de su culto a lo insurrecto y popular, como también de su confianza en el poder de la razón para construir un mundo de justicia.

¿Podría decirse que Alberto Flores Galindo hizo del optimismo una actitud dogmática? ¿Logró realmente integrar su visión lúcida, y a menudo desencantada con el voto por el sí, al que siempre convocó? ¿No esperaba acaso demasiado de tan poco? ¿No había un culto romántico-platónico a lo imposible? ¿Un espíritu que no se quiere rendir al escepticismo que lo habita?

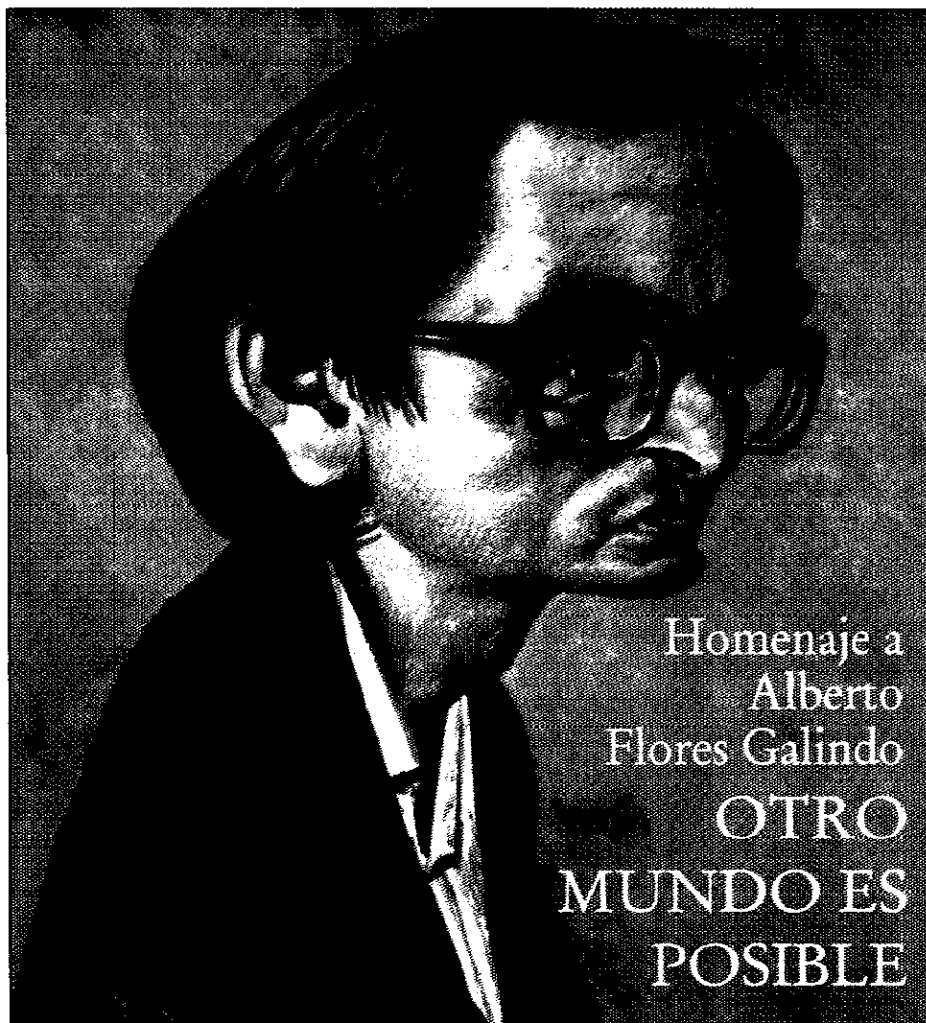
Sea como fuere, el desgarramiento entre el culto a la esperanza, entendido como imperativo moral, y el escepticismo, que se deriva de la propia inteligencia de las cosas, intenta ser conjurado mediante una suerte de apuesta por lo absoluto. Una aspiración decidida que no se detiene en las carencias sino que salta hacia la fe y el futuro. Hablamos de la «invitación a la vida heroica», planteamiento que él recogiera de José Carlos Mariátegui. En esta perspectiva, la nobleza e ineficiencia -aparente- de la acción acrecientan su belleza seductora. El héroe nos compromete con el fu-

turo, solo así su sacrificio no habrá sido en vano. El deslumbramiento estético que produce la figura del héroe nos obliga a seguir sus pasos. La misma persona que se decide a ser héroe deriva su fuerza del deseo de encarnar una imagen tan entrañable a la colectividad. Asumiendo este llamado, Alberto Flores Galindo se imponía la obligación de imaginar una narrativa épica para lo que sentía como una situación trágica. Es necesario decir que este desgarramiento no es solo suyo, sino que resulta sintomático de la sensibilidad peruana. Una sensibilidad atrapada entre la promesa, el deseo de ser nación, y la realidad del egoísmo, el odio y la fragmentación. En todo caso, Alberto Flores Galindo quiso suturar esta herida postulando la vigencia de la «utopía andina», de una virtualidad o fantasma que acompaña la historia peruana desde la invasión española. La utopía andina es la idealización del Imperio Incaico y de lo nativo imaginados como alternativas plausibles a la desvertebración colonial. El espectro de los incas podía ser la fuerza que reparara a una sociedad tan cargada de odios, tan «sin alternativa» como es el Perú. La utopía fue una creación

esperanzadora de los vencidos pero también fue retomada por otros contingentes sociales.

Esta es la distancia que media entre sus dos grandes libros: *Aristocracia y plebe*, terminado en 1982, y *Buscando un inca*, cuya versión definitiva es de 1988. Mientras que la idea de «sociedad sin alternativa» domina el primer texto, lo propio ocurre con la idea de un mito unificador en el segundo. Y es que a partir de 1983, año en que se intensifica la violencia política, Alberto Flores Galindo se dispara a la búsqueda de aquello que podría dar consistencia a la quebrantada sociedad peruana. La idea la fue elaborando a partir de pistas que encontró en las obras de Mariátegui. Y, sobre todo, Arguedas. Igualmente importantes fueron las intuiciones de Pablo Macera y el diálogo con Manuel Burga. Por no mencionar a muchos otros historiadores y antropólogos con los que entró en interlocución. No obstante, fue Alberto Flores Galindo quien logró hacer visible esa gran creencia unificadora que, tomando formas diversas, permanece en la sociedad peruana desde la época colonial.

En efecto, la alta valoración de lo nativo, en espe-



cial de lo incaico, está presente, desde al menos el siglo XVIII, en las formas más disímiles y en los sectores sociales más distintos. En muchas rebeliones indígenas de carácter milenarista el Imperio de los Incas representó un horizonte definitivo. El futuro era la vuelta a ese pasado de esplendor que, a la manera de lo que acontece en el ciclo mítico de Inkarrí, nunca había terminado de morir. La sensación de fortaleza del pasado y la expectativa de un (nuevo) inca han sido conjugadas en fórmulas políticas muy diferentes. En todo caso, el orgullo en torno al imperio, a lo andino y la afirmación de su actualidad ha sido una presencia permanente, pero insuficientemente verbalizada en la historia del país. Correspondió a Alberto Flores Galindo el gran mérito de poner en evidencia esa realidad muda pero sólida que es, precisamente, lo andino. Un elemento que inadvertidamente articuló la disgregada sociedad peruana. La visibilización de este principio oculto de unidad fue, ciertamente, una gran hazaña; como decirles a los peces que viven en el agua. El suyo fue un trabajo de arqueología mental que permitió hacer ver el fundamento oculto de la vida social peruana.

Desde luego que la manera en que se ha integrado lo andino en las diferentes propuestas políticas ha variado radicalmente. Lo andino fue también apropiado desde lo criollo. Leguía, Belaunde, Velasco, Toledo, son ejemplos de este tratar de usar la legitimidad andina en la perspectiva de generar un amplio consenso. Pero Alberto Flores Galindo no le daba importancia a estos ensayos desde el poder. Para él, la utopía andina tenía que venir de los mismos campesinos y sus descendientes. Su transformación en una retórica desde el Estado desnaturalizaba su capacidad de convocatoria. La nación debería construirse desde abajo. Hacia el fin de su vida se planteó el tema de quiénes son los herederos y continuadores de la utopía andina. ¿La izquierda legal, el radicalismo de Sendero Luminoso o esos migrantes que comenzaban a ser el centro demográfico del Perú moderno?

IV

La elaboración de la utopía andina implicó mucha ansiedad y sacrificios. Alberto Flores Galindo se había impuesto como deber imaginar la unidad del Perú, el reordenamiento de ese mundo colonial desvertebrado y sin alternativa. En la línea abierta por Mariátegui y Arguedas, identificó en lo andino

el elemento cimentador de la nueva nacionalidad. Su aporte fue identificar los derroteros que habían permitido a lo andino resistir, abrirse paso en medio de la negación colonial y republicana.

Cuando se planteaba la contemporaneidad de la utopía y los derroteros de lo andino, lo asaltó una enfermedad fatal. En el último año de su vida no pudo retomar su labor intelectual, pero sí reflexionó con intensidad sobre la vida. Y compartió tanto sus inquietudes como sus respuestas insuficientes pero comprometedoras. Todo ello en su carta de despedida: *Reencontremos la dimensión utópica*⁵.

En realidad, Alberto Flores Galindo quedó muy sorprendido por las diversas manifestaciones de solidaridad de las que fue objeto. Visitas constantes de sus amigos, colectas económicas para ayudarlo a solventar los crecidos gastos de su enfermedad, homenajes y reconocimientos públicos. La calidez de la gente lo abrumó. Esta situación lo llevó a matizar mucho de lo que había pensado con anterioridad. Más importante que las ideas, son los hombres y mujeres de carne y hueso. De la misma manera, los afectos son tan o más valiosos que la propia razón. Si la vida tiene sentido y merece la pena de ser vivida, es porque estamos acompañados. De esta forma se entiende el último párrafo de su carta de despedida.

Muchas gracias a todos los amigos y desde luego, sobre todo, a quienes discrepan conmigo. Siempre mi estilo agresivo, pero que no anula el cariño y el agradecimiento con todos ustedes, más aún con quienes más he discutido. Discrepar es otra manera de aproximarnos; y, desde luego, cuando acudieron a ayudarme no les interesó saber qué posición tenía en la cultura o en la política. Un abrazo, ¡qué buenos amigos!

¿Hasta qué punto Alberto Flores Galindo no repara en las fronteras entre amistad y admiración? La pregunta puede parecer válida por cuanto su hazaña produjo una enorme simpatía entre sus muchos lectores que, aunque no pensarán como él, no podían dejar de deslumbrarse por su fuerza argumentativa y moral, por la riqueza de su imaginación. No obstante, a un nivel más decisivo, lo verdaderamente importante es que tanto admiradores como amigos nos sentimos profundamente identificados con él, en especial cuando ya estaba de cara a la muerte. Alberto Flores Galindo no era solo su persona, era ya un mito viviente, una esperanza a la que no queríamos dejar partir.

⁵ FLORES GALINDO, Alberto. «Reencontremos la dimensión utópica». En *Socialismo y participación*, Lima, Sur, N° 50, junio 1990, pp. 83-94.